

La Guerra del General Escobar

EN EL CONSEJO DE GUERRA ante el que comparezco en este castillo-presidio de Montjuich, el fiscal me acusa, sumariamente, de delito de alta traición. Pero en el acto del juicio ha puntualizado:

–Entiendo que un militar que se confiesa católico ha sido en esta guerra doblemente traidor: a su patria y a su Dios.

El presidente ha advertido al fiscal:

–Aténgase al contenido de la acusación. Al coronel Escobar no se le juzga por sus convicciones religiosas, sino por alzarse en armas contra el Régimen que ha triunfado y cuya legalidad ha sido reconocida por todos los países civilizados.

Se me está juzgando con la graduación de coronel, ya que, aunque al término de la guerra era general en jefe del ejército de Extremadura, para los vencedores sigo siendo el coronel de la Guardia Civil que en julio de 1936 luchó, precisamente en esta ciudad de Barcelona, contra los militares rebeldes que dejaron de serlo cuando ganaron la guerra. Así me lo ha explicado el abogado que me defiende: tenga usted en cuenta, mi coronel, que la rebeldía queda purificada por el triunfo.

El fiscal ha aceptado respetuosamente la advertencia del presidente del consejo, pero, habilidosamente, ha aprovechado su disculpa para articular una imputación muy penosa para mí.

–La anterior afirmación, señor presidente, viene a colación por la intervención del procesado en la noche del 19 al 20 de julio de 1936, en el convento de Carmelitas de la calle de Lauria, de esta capital, como consecuencia de la cual fueron asesinados veinticinco oficiales leales y un número de frailes no determinado pero superior a cincuenta.

He tenido la impresión de que los miembros del consejo han oído con agrado esta acusación, no por la muerte de aquella pobre gente, sino como justificación de la sentencia que tienen que dictar.

Aunque llevo siete meses incomunicado en esta celda del castillo, los rumores me llegan. Los oficiales-prisioneros

comentan que es el mismo Franco el que ha confeccionado la plantilla de cómo deben ser las sentencias. Los consejos de guerra sólo tienen que rellenarlas. Si es así, seguro que en ellas no hay ningún epígrafe en el que quepa todo lo que sucedió en el convento de la calle de Lauria. Fue muy complejo y muy doloroso.

Me ha cogido por sorpresa esta acusación o, por lo menos, no me la esperaba, ya que el abogado defensor ha insistido en que lo verdaderamente grave y contra lo que tenemos que luchar es contra la imputación de no haberme adherido al movimiento nacional el 19 de julio de 1936.

LA PRIMERA NOTICIA que tuve de lo que ahora se llama el movimiento me la dio mi hermano Alfredo por teléfono, desde Madrid. Él era teniente coronel de la Guardia Civil el 18 de julio y aunque estaba en el Tercio Urbano, tenía relación con los servicios de información.

Me dijo que se había sublevado el ejército de África y entonces no caí, pero ahora pienso que quizá me llamó para conocer la postura que pensaba adoptar yo, su hermano mayor con diferencia, pues le llevo siete años. El mayor de todos es Ramón, también coronel de la Guardia Civil, pero, afortunadamente para él, la sublevación del 36 le cogió ya retirado. Mi hijo Antonio igualmente es guardia civil con el grado de capitán.

Alfredo me advirtió que en la revuelta africana habían intervenido elementos civiles pertenecientes a la Falange, y fue lo que más me preocupó, porque mi hijo pequeño, José, de diecinueve años, era falangista muy activo. Recuerdo que mi hijo Antonio, el capitán, lo llevaba muy a mal y me reprochaba:

—Padre, ¿por qué consientes que José se meta en política?

Yo no sabía qué contestar y él insistía:

—Los Escobar nunca nos hemos metido en política.

—Tienes razón, hijo, siempre nos hemos metido en la Guardia Civil.

Cuando no sé qué decir, o me hago el sordo —lo cual está justificado porque por el oído derecho no oigo nada— o me despacho con una broma.

Pero tenía razón Antonio. Lo de José era preocupante por ser a la sazón la Falange un partido clandestino en el que él militaba como jefe de centuria. A mi me parecía imposible que fuera jefe de nada, pues seguía considerándolo un niño; quizá porque cuando enviudé lo sentí más huérfano que a los otros dos. Antonio ya estaba casado con Angelíta y mi hija Emilia estaba a punto de profesar como monja adoratriz. Esto último tampoco le parecía bien a mi hijo mayor; entendía que la obligación de su hermana era cuidar, mi soledad de viudo en lugar de entrar en un convento.

Con mi hijo Antonio he discutido en ocasiones. A veces se mostraba arrogante, quizá porque su procedencia no era como la mía, de sargento de tropa remodelado en la academia de la Guardia Civil de Getafe, sino que estudió en la de Infantería de Toledo, donde destacó como jinete y esgrimidor, llegando a ser sargento galonista.

Antonio, ahora, también está pendiente de juicio en este castillo de Montjuich. Qué casualidad. Y qué tristeza porque no nos dejan vemos.

MI HERMANO ALFREDO ha sido compañero de promoción de Franco en la academia de Toledo. Es decir, Ramón y yo, siguiendo los consejos de mi padre, que murió siendo comandante en la batalla de Santiago de Cuba del 98, sentamos plaza de voluntarios por tiempo indefinido y sin derecho a premio, lo que nos permitió, como ya he contado, pasar a la academia de la Guardia Civil con mayores facilidades desde que nos convertimos en hijos de militar muerto en campaña, pero a Alfredo ya le pudimos dar la oportunidad de ser oficial de carrera.

Cuando me llamó aquella tarde del 18 de julio no sabía que Franco estaba al frente del alzamiento en África. Eso se supo después. Lo que sí me advirtió fue que el «director» de la sublevación, por lo menos para la península, era el general de brigada, destinado en Pamplona, Emilio Mola, y que el enlace del movimiento en Cataluña era su hermano Ramón, que estaba de guarnición en Barcelona con el grado de capitán.

La pauta del alzamiento la marcó Mola en un comunicado en el que, remedando una frase evangélica, advertía que el que no estuviera con él estaría contra él, y que los vencedores serían inexorables con los compañeros que no resultaran serlo.

Todo esto lo supimos después, del mismo modo que ignorábamos aquella tarde del 18 de julio la irreversibilidad de la revuelta de África, puesto que a las pocas horas de producirse, cuando en la península apenas sabíamos nada, los sublevados ya habían fusilado al general Romerales, comandante militar de Melilla, y a varios jefes y oficiales que no habían sabido ser compañeros según el concepto de compañerismo contenido en el comunicado del general Mola.

En esta soledad, sólo compartida con el cielo azul que veo a través de la ventana de mi celda, azul pálido, porque el invierno ya ha llegado, leo cuanto cae en mis manos. El comandante de la fortaleza es benévolo con respecto a esta cuestión y suele traerme revistas personalmente.

—Tome, coronel, lea.

Me mira con pena por lo que me pueda suceder pero, sobre todo, le da lástima que un hombre como yo haya estado tan equivocado durante la contienda. Las revistas, lógicamente, son las del bando vencedor y a veces pienso que el comandante me las facilita para que reflexione sobre su contenido, por ver si mi corazón se mueve a contrición y, ante un arrepentimiento ejemplar, mi situación mejora en el consejo de guerra. Vana ilusión. En una de esas, revistas se ensalza con entusiasmo la figura del general Mola, que también advirtió en el 36 que el alzamiento no iba a ser un golpe o pronunciamiento al viejo estilo, para hacerse con el palacio de Comunicaciones de Madrid y desde allí dar órdenes, sino que era necesario triunfar en todas y cada una de las guarniciones de España, porque en esta ocasión no habría rendiciones ni abrazos de Vergara, ni nada que no fuera una victoria aplastante y definitiva. Aunque yo sigo pensando que Franco no intervino demasiado en la preparación del alzamiento, ha asimilado con admirable rigor su espíritu. Me refiero a lo de la rendición incondicional y a lo de la inexorabilidad con los compañeros que no hemos sabido serlo. Si ha sido inexorable con tantos ya, no va a hacer una excepción conmigo.

Al general Mola lo traté cuando era director general de Seguridad y el Cuerpo dependía de él en cierta manera. Le recuerdo como hombre de gran rigor burocrático y eso me parecía bien porque siempre he pensado que este país es muy desordenado. Simpático no era. Tampoco le recuerdo como persona fervorosa en cuestiones de religión y me extrañó mu-

cho cuando me enteré que prometió llevar la cruz de Cristo, al frente de sus requetés, a Madrid durante la batalla de noviembre del 36. En aquellos días, buena falta nos hacía Cristo en la capital de España, pero el procedimiento propugnado por Mola no me parecía el más adecuado. Ahora ser católico forma parte de la disciplina del régimen, pero cuando el otro día el capellán consiguió que me permitieran asistir a la misa que celebra diariamente a las ocho de la mañana, me quedé asombrado porque sólo estábamos allí dos personas. El otro era un soldado que en cuanto le licencien piensa entrar en el seminario. El chico me miraba de reojo. Me recordaba a mi hijo José. A mí, todos los jóvenes que andan por los veinte años me recuerdan a José.

El hermano de Mola, Ramón, se parecía a éste. Tenía, también, un aire preocupado, pero no llevaba gafas como el general. Cuando el alzamiento fracasó en Barcelona –según dicen ahora, por mi culpa– el pobre muchacho se suicidó. Qué cosa tan terrible. Le recuerdo paseando por las Ramblas con su mujer y algún niño pequeño.

Yo me acuerdo muy bien de todas las personas que he conocido en mi vida, pues al ser un poco sordo suplo el defecto fijándome mucho en la gente. Lo de mi sordera va según los días, y los húmedos son los peores. De todos modos no soy tan sordo como la gente cree. Además, a fuerza de mirar he aprendido a leer en los labios. Digo esto porque el que a mi me engañe tiene que hacerlo por la espalda. También lo aclaro porque tengo comprobado que hay personas que no se acuerdan de mí, pero yo sí me acuerdo de ellas. Raro es el militar, aunque no sea guardia civil, que haya coincidido conmigo y del cual yo no pueda precisar cuándo le conocí y cuál era su graduación y destino.

Eso me ha ayudado mucho en mi trabajo en el Cuerpo. En la Guardia Civil hay que saber leer en la cara, en los labios y en toda la contextura del ser humano. Máxime si tomas la decisión de no sacar las verdades a golpes. Yo la tomé el día que pegué un guantazo a un cazador furtivo cuando estaba de puesto en el pueblo de Fuencarral, próximo a los montes de El Pardo, en Madrid.

CUANDO EL 18 DE JULIO le di cuenta a mi general de la conversación que había mantenido con Alfredo, me comenté:

–Ya lo sé, Escobar. Me lo ha dicho Escofet. ¿Cree usted que será grave?

Era una pregunta que se hacía por hacer. Como una reflexión en voz alta, porque en aquellos días, en España, nadie sabía lo que iba a suceder. Lo que sí recuerdo es que le dije:

–No lo sé, mi general, pero lo que está claro es que lo que sea conviene cortarlo cuanto antes.

Hablaba por mi experiencia como guardia civil. Cualquier algarada o manifestación, en sus comienzos, es fácil de cortar. Pero si se deja seguir y crece la confusión, luego resulta muy difícil dominarla e inevitablemente acaba con sangre.

El general Aranguren me contestó:

–Claro, claro, tiene usted razón.

Lo decían sus labios, pero en los ojos había un profundo desasosiego. A eso me refería antes cuando explicaba lo de leer en toda la contextura del ser humano.

–Escobar, va a ser muy duro luchar contra nuestros compañeros.

Creo que me lo dijo en aquella ocasión y, luego, más de una vez en los días que siguieron a aquella jornada terrible. Aranguren, aunque llevaba tiempo como general en el Cuerpo, procedía del Ejército y, por lo visto, tenía ese sentido del compañerismo del que, pienso yo, abusó Mola.

A mi me resultaba durísimo luchar contra cualquiera. Amaba el orden como un bien, como una posibilidad de evitar la lucha. Ahora lo amo como un sueño.

Todos lo pasamos muy mal, pero el general Aranguren peor que nadie porque cumplió con el corazón destrozado. El presidente Azaña ha sido injusto diciendo que el general se pasó toda la guerra sonámbulo. A mi me lo comentó más de una vez y yo se lo discutí, pero el presidente era hombre de filias y fobias, y todas las deferencias que tuvo conmigo tomábanse en críticas contra mi general.

En el palacio de Pedralbes, en enero del 37, me dijo:

–Desengañese, Escobar, lo único que Aranguren hace mejor que usted es lucir el uniforme.

Lo dijo riendo, en broma, porque el general y yo teníamos fama de ser los jefes más elegantes del Cuerpo e incluso parecía que competíamos en ello. Qué chiquillada. El uniforme de gala de la Guardia Civil, azul oscuro, recamado en oro, con entorchados en el tricornio, era el más hermoso de todos los uniformes de los ejércitos de España. Cuando nos tocaba lucirlo en alguna solemnidad, nos mirábamos de reojo. Aranguren me solía decir:

–Caramba, Escobar, qué elegante va usted.

–Es el uniforme, mi general –le respondía—. ¿No se ha mirado vucencia en el espejo?

–No. Me ha vestido mi asistente.

Qué tiempos aquéllos. Yo era un poco más alto que mi general, pero él tenía un aire más aristocrático.

AQUELLA TARDE el presidente Companys requirió mi presencia en el palacio de la Generalitat. Por la mañana había hecho mucho calor, pero al mediodía se levantó la brisa del mar, que entraba hasta el despacho del presidente por el balcón entreabierto, en penumbra. El presidente me hizo sentar con una amabilidad exagerada. Era de los que me hablaban a gritos, pues me creía muy sordo. Para que yo no malinterpretara los gritos mantenía una sonrisa muy forzada. Me volvió a explicar lo del alzamiento en África, pero quitándole toda importancia al asunto porque si España ya le caía lejos, África no digamos. Daba la impresión de que cualquier incidente que tuviera lugar en África podía tardar siglos en repercutir sobre Cataluña.

–De todos modos, coronel, conviene tomar medidas.

También me recordó que, conforme a los acuerdos con el Gobierno central, el orden público dependía de la Generalitat y, como consecuencia, también la Guardia Civil.

Eso es lo malo de los políticos. Repiten tanto las cosas que uno saca la impresión de que no están convencidos de lo que dicen. Yo ya sabía que dependía de la Generalitat desde mi nombramiento como coronel del Tercio Urbano y no era necesario recordármelo. Quizá no puse buena cara, o le confundió el que le preguntara:

–¿Ha hablado usted con el general Aranguren?

–Aranguren ha sido informado –contestó sin mayores especificaciones–, pero el mando directo de los guardias que tengan que intervenir en cualquier posible desorden le corresponde a usted.

No es que me hiciera el sordo o me aprovechara de mi presunta sordera para dar sensación de ambigüedad, es que no sabía qué contestar a aquel compendio recordatorio de las obligaciones de los servidores del orden público.

Sé que el presidente Companys quedó disgustado de aquella entrevista y yo también, porque hubiera preferido que hablara directamente con mi general.

De todos modos yo ya estaba muy inquieto y me fui a mi casa para vestirme de paisano. Si llega a enterarse Companys de que en aquellas circunstancias me despojaba del uniforme, seguro que hubiera pensado lo peor. Pregunté a la sirvienta, que era gallega, por mi hijo José y me dijo que no había ido a comer, pero que había telefonado advirtiéndolo. Ya empecé a sentir una punzada especial en el corazón. Es una comezón que empieza en el pecho y se me alarga por todo el brazo izquierdo, como un hormigueo, hasta la punta de los dedos. Dicen que es síntoma que aparece en los que mueren de infarto cardíaco. Pero no parece que sea ésa la clase de muerte que a mi me espera.

Me vestí de paisano porque quería ir a la iglesia que los franciscanos tienen, o tenían, en las Ramblas. Estaban preciosas y como se mantenía la brisa que subía desde el puerto, parecía una tarde de primavera. Además, al ir vestido de paisano notaba menos el calor. El uniforme del Cuerpo, si llevas bien sujeta la presilla del cuello, como corresponde, no es cómodo para el verano. Pero no me vestí de paisano por el calor, sino porque no me gustaba ir a los franciscanos de uniforme. Iba todos los sábados, a menos que tuviera algún servicio especial, a confesarme y a prestar mi colaboración económica.

Desde el año 34 soy terciario franciscano. A eso no se ha referido el fiscal en ningún momento. Yo tampoco digo nada porque pienso que, en estos momentos, a la Orden le puede perjudicar el tener, o haber tenido, un terciario como yo. Estoy casi seguro de que Calvo Sotelo también era terciario franciscano, pero yo nunca coincidí con él en ningún acto. Si me preguntan si lo soy, no lo negaré, pero si no, prefiero callar. Eso

hacía, también, antes de la guerra porque la gente está muy confundida al respecto y piensa que ser terciario es como ser fraile, con la única diferencia de que en lugar, de llevar hábito se lleva uniforme, en este caso de la Guardia Civil. No lo digo en broma; es así. Y si les quieres explicar en qué consiste el serlo, te cortan: no, si a mi me da igual lo que usted pueda ser. Como una condescendencia.

Y, sin embargo, es tan sencillo que se explica en tres líneas. Somos unos señores tan corrientes como los demás. Lo único especial es que participamos, dentro de nuestro estado y condición, del espíritu de la Orden a la que nos adherimos, que en el caso de los franciscanos es el espíritu de pobreza. Por eso solía ir yo los sábados. Daba lo que podía de mi dinero, que al final era bastante ya que desde que doté a Emilia para profesar como religiosa no tenía más gastos que los estudios de José. Yo apenas tenía ocasión de gastar.

Los sábados, y también los domingos, se organizaban repartos de ropa a los pobres. Llevaba ropa usada que me facilitaban amigos y compañeros que conocían mi afición. Mí general era uno de ellos. Como vestía muy bien, no sólo de uniforme sino también de paisano, cuando renovaba el vestuario me entregaba el viejo.

–Tome, Escobar, para sus pobres.

–Los pobres son de todos, mi general.

–De acuerdo, entonces nos los repartimos. ¿Cuántos me tocan a mí?

Qué bien nos entendíamos Aranguren y yo. Aun durante la guerra seguíamos gastándonos este tipo de bromas. Cuando me he enterado de la muerte que le ha correspondido he llorado y según escribo esto tengo que apartar la cara para que las lágrimas no lo emborronen. Yo, ahora, lloro con frecuencia, pero nunca si hay gente delante.

Los días que tenía que llevar ropa vieja me valía de mi coche oficial. Un abuso. Lo conducía el sargento Bermúdez, que he tenido de chófer desde el 33. Ha hecho toda la guerra conmigo. Mi hijo Antonio dice que es un pelmazo porque no para de hablar. Pero a mi me hacía gracia.

El sargento Bermúdez siempre ha sido muy organizador y colaboraba con los padres en el reparto de la ropa usada. Pri-

mero la clasificaban, luego la limpiaban, cosían, etc... y cuando estaba en condiciones era cuando se entregaba al que la necesitaba. La gente ridiculiza como caridad de pacotilla esto de dar ropa usada. Es porque no han visto el servicio que hace al que la precisa de verdad. Al que le correspondía un traje o un abrigo del general Aranguren era como si le hubiera tocado la lotería.

Aquel 18 de julio era sábado y nada más entrar en la residencia el fraile ecónomo me preguntó:

—¿Sabe usted algo de lo que dicen que ha sucedido en Marruecos?

Le contesté que no y luego me confesé de haber mentido.

Yo, confesándome, soy un chapucero. A veces, como para salir del paso, me confieso de cosas que no son pecado y, en cambio, estoy seguro que me dejo otras que lo son. Por ejemplo, la vanidad y el recreo con que escribo estas notas, convencido de que soy el mejor escribiente del ejército español. Quiero decir, como pendolista. Será una falta menor y no pienso que por ello deba ir al infierno, pero es curioso el entusiasmo que me entra cuando veo cómo me van quedando las planas, a plumilla, diferenciados los trazos finos de los gruesos sin perdonar un acento y consiguiendo que las comas se inicien finas, se abulten progresivamente, para terminar con una rayita muy sutil. Desde chico fui cuidadoso, pero me consagré cuando era sargento de tropa. Cada vez que un superior me decía, muy bien, Escobar, así se presenta un informe, me entraba un pavo que temía se me había de notar en el rostro. Entonces no había cumplido los veinte años y tenía su justificación porque mi padre me enseñó cuántos méritos debería hacer en la milicia para ascender, pero ahora, próximo a los sesenta, es pura tontería y vanidad. Sírvame de excusa la distracción tan grande que me significa este menester, durante tan largo tiempo de incomunicación.

En el ejército español los expedientes —sobre todo los relativos a «personal», que son los más extensos— deben ser manuscritos y redactados con gran claridad. Tuve un profesor en la academia de la Guardia Civil de Getafe que nos insistía en que para conseguir esa claridad nada mejor que leer a los clásicos. Así lo hice en la biblioteca que teníamos en la academia.

Me pasaba tardes de los domingos enteras. Mí padre ya había muerto en Cuba y Ramón y yo no podíamos gastar ni un céntimo en nada. En la biblioteca, además, había una gigantesca chimenea y en invierno era la más agradable dependencia de todo el edificio. Los leía por orden alfabético, sin dejar uno, y cuando terminé con los españoles continué con los rusos, con los franceses y con los ingleses. De otras nacionalidades no recuerdo que hubiera.

ME MARCHÉ DE LOS FRANCISCANOS antes de lo habitual por la inquietud que tenía. El fraile ecónomo se dio cuenta y me miró al salir con recelo. Yo le dije:

–Sé poco, padre, y lo poco que sé es secreto de oficio. Compréndalo.

Se lo dije sonriendo y él me correspondió comprensivo. Me alegro de haberlo hecho, ya que fue de los sacerdotes que mataron pocos días después.

Pasé por casa para volver a vestir el uniforme, y por la cara de la gallega, sin necesidad de preguntar, supe que José no había vuelto. Serían como las ocho de la tarde. Desde ese momento no se me quitó el hormiguelo del brazo izquierdo.

En el cuartel me esperaban mi general y Brotons. Este último mandaba el Tercio Rural de la Guardia Civil. Era entusiasta e ingenuo. Poco antes de terminar la guerra todavía pensaba que los vencedores no sólo no nos sancionarían, sino que nos respetarían los cargos. Cuando el general nos informó que los anarcosindicalistas estaban armados, me quedé perplejo. Incluso al principio la noticia era que el armamento había sido facilitado por la Generalitat, pero en seguida se aclaró que lo habían conseguido por sus propios medios.

Si te ha gustado la muestra, puedes adquirir el libro pulsando en este enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/la-guerra-del-general-escobar-jose-luis-olaizola/>